

Pon el caldero al fuego

A Luna Marconi se le amontonaban los problemas en el escritorio. El éxito de la colección cápsula de otoño era agridulce; las blusas de corte imperio arrasaron, sí. No hubo director regional que no demandara reposición de stock. El problema vino con las faldas.

Los inútiles de confección usaron cremalleras de cinco milímetros en lugar de tres, y eso que tres era ya demasiado. Con ese grosor, la tela no se amoldaba al trasero de la española media y creaba unos espantosos pliegues.

Pero era una Marconi, asumiría la responsabilidad. Sabía que delegar equivalía a encañonarse jugando a la ruleta rusa, y ahora, como resultado del disparo, tenía toneladas y toneladas de 70% viscosa –30% poliéster que amortizar.

Sobre los bocetos de las faldas rediseñadas, reposaba también el divorcio que el idiota de su aún marido se negaba a firmar. A cambio, le adjuntaba un poema que le revolvió el estómago hasta la náusea. Pero su principal quebradero de cabeza tampoco era ese.

Era la familia de impresentables que tenía alojados como parásitos a la chepa. Habían rechazado, por novena vez, el requerimiento para marcharse de su ático. Era suyo. ¡Suyo! Lo había comprado sin ayuda, con el callo de sus dedos y el sudor de sus neuronas. Mientras ellos llevaban medio año a gastos pagados, ella dormía en el cuarto de invitados de un adosado heredado por un marido convertido en una plañidera errante.

—Y para colmo, me acabo de arrancar una cana —le dijo a su compañero de despacho—. Una cana. ¡A mis treinta y dos!

—¿Cómo puedes detectarte una cana si tienes el pelo blanco, cielo?

Luna le plantó la cana, larga y rizada, a un palmo de los ojos y la ruló saboreando el tacto entre la pinza de sus dedos. Su compañero bizqueó para observarla.

—Es poroso y tieso. Y asqueroso. Pronto se apoderarán de mí.

Se descalzó y, con el tacón de aguja, desactivó el detector de humo bajo el friso. Se acercó al ventanal y perdió la mirada entre el tráfico. No quería pedir ayuda. Las mujeres Marconi siempre sacaban sus castañas de sus fuegos, así tuvieran que quemarse enteras. Encendió un cigarrillo, y remugó por la ponzoña mentolada que le habían vendido. Suspiró.

Finalmente, alzó la voz.

—Abuela Hiberia, voy a ir a comer. Pon el caldero al fuego.

Las compuertas del ascensor revelaron a Isidra esperando en el rellano; inmóvil, con la pelusilla blanca de la cabeza reluciente y esos ojos negros que la observaban desde abajo.

Al fin y al cabo, Isidra también era una Marconi.

Luna se agachó, cogió en brazos a la buitre y la colmó de besos en la suave y tibia coronilla. Por primera vez en su día, respiró en paz.

—Pasa, pasa, querida —gritó su abuela desde el fondo.

Luna, fue sorteando las torres de libros del pasillo. El aroma a papel viejo se mezclaba con el de regaliz quemado y acababa cediendo protagonismo al del mejunje que borboteaba en la cocina.

—Hay sopa de liebre y calabaza. ¿Cuánto hace que no comes, María Luna, querida? A tu madre aún le sabe a sandalia mojada, ¿a que sí?

—Liebre, calabaza, y algo más ¿verdad, abuela?

—Bueno, un toquecito de muscaria para celebrar tu llegada, quizá.

Su abuela, atareada como una hormiga, se limpió las manos en el delantal y se esfumó hacia el comedor. Luna la siguió, con Isidra en brazos. Su docena de ratas de compañía se apiñaban erguidas en la butaca y en el respaldo del sillón, observantes, o en la mesa camilla, entre las herramientas de su nuevo proyecto: disecar al abuelo.

—No consigo capturar su sonrisa —dijo tensando la mejilla de su familiar inerte y clavándole un alfiler.

—Abuela —replicó Luna—. Esto es grotesco.

Automáticamente, todas las ratas se irguieron y se le encararon, le enseñaron los dientes y chillaron amenazas a coro.

—Basta, queridas. La tía Hiber sabe aceptar las críticas.

Las ratas se relajaron y silenciaron su barullo. Luna acarició el suave pompón cervical de Isidra, que le abrazaba el cuello como una soberbia estola. No sabía por dónde empezar.

—No hace falta que digas nada, María Luna —continuó—. Ya era hora de desechar al gusarapo de tu esposo.

—Sabes que no me gusta recurrir a esto, abuela.

—Ya tenemos la cita. —Señaló con un estilete el mueble del aparador, donde descansaba una desvencijada agenda, un tintero y su bola de cristal personal—. Esos inquilinos tuyos tienen las habas contadas. Le he dicho a tu madre que pase a dar de comer a las pirañas y eche un ojo a mis nenas. Oh, París, cuántas veces has suplicado mi regreso y qué sorda me he vuelto.

La gente torcía el cuello para contemplar a abuela y nieta transitar por el aeropuerto. Por suerte, la lujosa maleta de Luna y el largo chaquetón convertían la extravagancia de su abuela, con su abrigo de plumaje córvido y su gorro ruso, en una extravagancia de ricos y no de locos.

Lo que de ninguna manera hubo forma de evitar fue el tifón de vergüenza que arrolló a Luna cuando el personal de seguridad abrió el bolso de su abuela, cogió los tarros y los desenroscó.

—No entiendo a qué vino tanta arcada —murmuró cuando estuvieron ya aposentadas en el avión—. Sinceramente, María Luna, me parece del todo exagerado. Mis entrañas fritas harían salivar a cualquiera que albergara una pizca de conocimiento gastronómico.

Eso fue tan solo unos minutos antes de causar el pánico dejando asomar la cabecita de Isidra por el cuello del jersey. Las dos Marconi permanecieron tranquilas en sus respectivos asientos, mientras la gente se alteraba como una ridícula panda de pueblerinos.

En ningún punto la normativa exponía la prohibición de subir buitres a bordo, y así se lo hizo saber al azafato de vuelo. Minutos más tarde, disfrutaban de su aislamiento repantigadas en

primera clase, tapadas con una manta de terciopelo que más tarde se usaría para limpiarle las entrañas del pico a su benefactora emplumada.

Cuando desembarcaron del avión ya había anochecido. Llovía torrencialmente y las gotas repiqueteaban en el techo del taxi.

—Al 129 de la rue de Grenelle, por favor —dijo la abuela Hiberia, en un francés refinado y casi nativo.

—Señoras, si van al Hôtel des Invalides, hace unas horas que ya está cerrado al turismo.

—Vamos al Hôtel des Invalides, pero no a su Hôtel des Invalides. Pero es usted muy gentil.

Al bajar del taxi, la abuela Hiberia le lanzó a Luna su paraguas de alas de quiróptero, no sin antes recordarle la impermeabilidad del plumaje de cuervo frente a la inutilidad de su abrigo de diseño, moteado de lluvia. Por las nervuras del paraguas chorreaba hilos de agua.

Cuando cerraron el portón de roble tras de sí, el golpeteo de las gotas sobre los adoquines cesó de una segada. Al ver ese soberano vestíbulo, a Luna se le esfumó la crispación que le había causado su abuela antes de entrar, con la extrema desfachatez de su discurso.

«Escúchame bien, María Luna» — le dijo— «No voy a juzgar tu necio empeño por recorrer el camino difícil, por querer desvincularte de nuestro oficio. Pero tu abuelo y yo hemos ejercido aquí toda la vida, en el despacho once. Tenemos un nombre. Sé que no estás acostumbrada, así que veas lo que veas, no ensucies el apellido de esta familia con sobresaltos ridículos. No me vayas a avergonzar»

La réplica de Luna se le ahogó en la garganta cuando abrieron la puerta. Aquel edificio era solemne, con un techo altísimo coronado por una lámpara de araña, ventanales cuarteados por una moldura de madera en los que las gotas, brillantes y plateadas, se estrellaban sin hacer el menor ruido y paredes de piedra pulida, heladas y sólidas, que custodiaban una larga escalera con baranda de hierro forjado.

Un hombre de mirada reptiliana y cutis escamado, apareció de pronto tras ellas, saludó con un abrazo a su abuela y las acompañó a un ascensor de época. Los tacones de aguja de Luna resonaron en el mármol. Entre una nostálgica cháchara con su abuela, abrió el enrejado y pulsó el seis.

—Señora Marconi, la gente aún viene preguntando por sus filtros de amor. No encuentran sustitutos en toda París.

«Consultoría de Encantamiento de Moradas», rezaba una placa de bronce en la puerta. Se abrió antes de rozar el timbre.

Un joven espigado, vestido elegantemente y con una sonrisa afilada, traviesa y sobre todo atractiva, apareció, invitándolas a pasar con extrema educación.

—¡Déjate de formalismos Lucien! —su abuela pasó empujándole, directa a aposentarse en la silla frente al escritorio— ¡Te conozco desde que te defecabas encima!

Tras hablar largo y tendido sobre el abuelo de Lucien y los viejos tiempos, el chico procedió a llenarles unas copas de whisky y explicarles el plan de tres semanas.

—La primera semana comenzamos con el paquete eléctrico. Ya saben, lo clásico, bombillas que explotan, televisores que se encienden y suben el volumen y muñecos que se echan a cantar con las pilas quitadas.

—¿Los relojes entran en esta semana?

—Los relojes no se incluyen en el paquete básico, pero al ser usted amiga de la familia, haremos una excepción. A cada hora marcarán las seis y seis minutos.

—Adoro este truco. —Su abuela sorbió un trago.

—Continuaremos la segunda semana con una infestación, a elegir entre cucarachas (ahora mismo solo nos quedan las alemanas), arañas o moscas. —Lucien abrió el cajón y sacó unos sobres — Les dejó unas muestras gratuitas de larvas *cojineras*. Las estamos probando.

Luna cogió uno del montón. Era una especie de bolsita de té plastificada, con material reptante dentro. Lo soltó sobre la mesa y cogió su vaso de whisky.

—Bien, llegamos a la tercera y última semana. —Deslizó un grueso álbum frente a ellas y lo abrió por la mitad—Contamos con el mayor banco de manchas de humedad de toda Europa. Los preferidos de los clientes españoles son Juan de Espina, la Niña de la Curva y Las Brujas de Zugarramundi. Maggie Dickinson es menos conocida allí, pero está muy lograda, igual como Baphomet y el Cancerbero.

Las Marconi hojearon el álbum interesadas, anotando en el dossier informativo de la empresa las referencias de las siluetas más perturbadoras.

—Por último, tenemos la guinda del pastel. Les aseguro que, si no han huido ya, con estas pastillas efervescentes de voces *ultratúmbicas* saldrán espantados. Bastará introducirlas en la cisterna para que, al tirar de la cadena, resuene por las tuberías el mensaje grabado. Tenemos tres tonos a elegir: Criatura bastarda infernal, Anciano ronco a las puertas de la muerte y Dulce niñita psicopática. Tiene una duración aproximada de sesenta horas. Les sobrará tiempo.

El primer domingo de marzo, el Hotel des Inválides se engalanó de arriba a abajo con decoraciones nupciales, compuestas por un 70 % viscosa y 30 % poliéster.

La luna llena alumbraba la azotea y destellaba contra las copas de los numerosos invitados. Una preciosa buitre sostenía con el pico una cestita con dos alianzas de oro. Lucien esperaba a Luna sonriendo, con unas comisuras capaces de pinchar el corazón de su amada.

Por un breve instante, Luna Marconi consideró las inesperadas dichas que se derivaron de aquel indigno acto de pedir ayuda, tan difícil para ella. La visita a casa de su abuela le había solucionado prácticamente todos los problemas de aquel escritorio atiborrado. Pensó que, con un poco de esa magia, todo podía volverse más sencillo.